

## SAYO DE HIERRO Y AVENTURA

### Iron Coat and Adventure

ANTONIO PRIETO

*Universidad Complutense de Madrid*

#### RESUMEN

Se analiza el modelo de conducta del hombre del siglo XVI partiendo de la herencia anterior y la educación en que se conciliaban las armas y las letras. El *Amadís de Gaula*, de Rodríguez de Montalvo, que resucitaba los caminos medievales, estuvo tanto en manos de Carlos V como en la de su enemigo Francisco I de Francia. En el presente artículo se da cuenta de diversas noticias que atestiguan que el modelo caballeresco no desapareció en el siglo XVI. Si bien, poetas como Aldana expresan la distancia entre el muelle caballero y el soldado del emperador.

PALABRAS CLAVE: armas y letras; *Amadís de Gaula*; Hernando de Acuña; Garcilaso; Aldana.

#### ABSTRACT

The behavior model of the man of the 16<sup>th</sup> century is analyzed starting from the previous inheritance and the education in which arms and letters were reconciled. *Amadís de Gaula*, by Rodríguez de Montalvo, which revived medieval roads, was in the hands of both Carlos V and his enemy Francis I of France. In this article, various news are reported that testify that the chivalric model did not disappear in the 16<sup>th</sup> century. Although, poets like Aldana express the distance between the spring knight and the emperor's soldier.

KEYWORDS: Arms and Letters; *Amadís de Gaula*; Hernando de Acuña; Garcilaso; Aldana.

# SAYO DE HIERRO Y AVENTURA

ANTONIO PRIETO

*Universidad Complutense de Madrid*

BASTANTE QUEDABA en nuestro siglo XVI, como modelo de conducta a seguir, de aquel tiempo anterior en el que el protonotario Juan de Lucena había escrito en su *Epístola exhortatoria a las letras*: «Jugaba el rey, eran todos tahúres, estudiaba la reina, somos agora estudiantes». El mismo Carlos I lo cumplía presidiendo los funerales de Juan de Panegyricum sobre las gestas de Fernando el Católico. Tanto pervivía el modelo de educación de príncipes (al que Fray Antonio de Guevara elevará en su afortunado *Relox* en cuanto ejemplo que siguen los súbditos), que, cuando el emperador Carlos planifica la formación de su hijo, Felipe II, le ordena a González Fernández de Oviedo que recuerde su etapa de servidor del príncipe Don Juan, y escriba sobre aquella corte, lo cual cumple en 1544, con sucesivas redacciones en su *Libro de la Cámara Real del Príncipe don Juan e officios de su casa e servicio ordinario*. Realmente, el hijo de los Reyes Católicos, era un príncipe nacido para el Renacimiento, cuyo camino enamorado truncó la muerte, en cuya educación se conciliaban las armas y las letras como en sus proverbios fijara el Marqués de Santillana al dictar la «sciencia non enbota el fierro de la lança ni fase floxa la espada en la mano del caballero» y ratificará Gómez Manrique en su prólogo al *Cancionero* «que las sciencias no fazen perder el filo a las espadas» hasta llegar a Juan de Valdés quien, en su *Dialogo de la lengua* advierte a Torres: «¿No avéis oído decir que las letras no embotan la lança?»

Parece ser que entre los libros del príncipe don Juan, buen latinista, estaban, un arte de gramática, una Biblia, las *Éticas* de Aristóteles o las *Elegantiae* de Lorenzo Valla, sobre los que Fernández de Oviedo opinaba que son propios de un príncipe y no aquellos «apócrifos y banos, como Amadis de Gaula y otros tales».

Pero en Zaragoza, en 1508, aparecía el *Amadis de Gaula*, de Rodríguez de Montalvo, que resucitaba, sin darle trágica muerte a su héroe, al *Amadís* de caminos medievales que había denostado. Pero López de Ayala, en su *Rimado de Palacio*, cantando «por ser leal e famoso» don Pedro Ferruz en el *Cancionero de Baena* o recogido por él en su *Rimario* (junto a Oriana, Lisuarte, Urganda, etc.). El sevillano, Pero Guillén de Segovia en *La gaya ciencia*. El *Amadís* de Montalvo no era un «fruto tardío de nuestra literatura» tal como se escribiría, en un texto que renacía para las apetencias e ideales de una época, que lo acogió con gran fortuna y animó la producción de una amplia estirpe caballeresca cuya lectura dio nombre a tierras americanas, como California o Patagonia, y animó a escritores como Bernardo Tasso a escribir su *Amadigi* (Venecia, 1560), dedicado a «l'invittissimo e Católico Re Filippo» e incluso a que una poetisa italiana, Camila Bella, trazara su *Di Amadio*, cantar VIII, cuyo manuscrito se encuentra o hallaba en la Biblioteca Laurenziana de Florencia.

Naturalmente que un libro como *Amadís*, y sus continuadores, obtuvo varios y conocidos detractores en España, especialmente atentos a la moral o a razones de humanista como el ofrecimiento de sus traducciones clásicas que realiza Andrés Laguna en el proemio de las *Catilinarias* de Cicerón «frente a tantos Esplandianes, tantos Gayferos y tantos Amadises de Gaula, con tanto estrago del tiempo».

Sin embargo, es significativo que, en su ambientación italiana, cuando Francisco Delicado cuida la edición de *Amadís* (Venecia, 1533), destaque en su prólogo «la cortesí, gentileza y limpieza de vida muy acostumbrada, la pasión del amoroso amor, el orgullo del real cavallero, el coraçón no vencido, la gloriosa memoria de la fama, la lealtad tan alta y leal» que nos legó su autor. O que el gran cortesano

don Luis Zapata, que buscó ser «gran poeta y gran jugador», autor del *Carlo famoso*, escribiera, en los pasos ancianos de su *Miscelánea*, del Amadís en calidad de «honra de la nación y la lengua española, que en ninguna lengua hay tal poesía ni tan loable». En el célebre *Cortegiano* de Castiglione hay oportuna mención a la Ínsula firme y al arco de los leales amadores, episodio este que encantaba a los italianos, donde los encontramos entre las *invenzioni* representadas en Mantova con motivo del matrimonio del duque Guillermo con Leonor de Austria. Y por supuesto que en textos de veracidad histórica como el pormenorizado viaje del muy alto y poderoso príncipe del humanista Calvete de Estrella encontramos ecos y representaciones de este mundo caballeresco, especialmente en su libro III.

No es nada extraño, así, que el *Amadís* estuviera en las manos del emperador Carlos V, al igual que en las de su enemigo natural, «el cristianísimo» Francisco I de Francia, o de que entre las lecturas del emperador se encontrara *Le chevalier délibéré*, compuesto por Oliver de la Marche, que al parecer tradujo al castellano el mismo Carlos V, quien desde luego animó al poeta Hernando de Acuña a realizar una versión castellana, lo cual hizo añadiendo unas estrofas en las que aparecen los Reyes Católicos, Felipe I y el emperador Maximiliano, dentro de aquella no infrecuente españolización por la que Jerónimo de Urrea introducía ingenios patrios (Zapata, Garcilaso, Pedro Mexía, Cetina etc.) en las finales octavas de su traducción del *Orlando* de Ariosto. Si el emperador tenía estas predilecciones caballerescas era lógico como también la tuvieran los soldados que le servían y quienes andaban caminos o escuchaban en las ventas a un lector.

En el *Amadís* de Montalvo, en su capítulo I, al detenerse el autor en la condena que pesaba sobre toda mujer adúltera, aclara que «tan cruel costumbre y pésima duró hasta la avenida del muy virtuoso rey Artús, que fue el mejor rey de los que allí reinaron». A Carlos V no podía sonarle ajeno el nombre de Artús o Arturo, cuando este monarca bretón estaba entre las preferencias de su abuelo el emperador Maximiliano, el cual sería retratado por Pedro Pablo Rubens

como encarnación de las virtudes de los caballeros. Efectivamente, aparte de sus parientes históricos, comenzando con el conde Alberto de Habsburgo, Maximiliano escogió para su grandioso mausoleo una serie de grandes estatuas de bronce que personificaran sus cualidades, entre lo que estaba Godofredo de Bouillon y el legendario rey Arturo. Estos dos últimos pertenecían al grupo de los «nueve de la fama» fijado a comienzos del siglo XIV, y que se encabezaban por los antiguos Héctor, Alejandro y César. De tal manera que al lado de la real investigación sobre el origen de la casa Habsburgo, tan fomentada por Maximiliano, y que Jacob Mennel hacía descender del troyano Héctor, el emperador, llevado de su afición caballerisca, quería sentirse también en la herencia del bretón Arturo, generador de la materia de Bretaña que animaron los libros de caballería.

El mismo Maximiliano le había dictado a su secretario Treitzsauerwein unas biográficas páginas de aliento caballeresco, que serían especialmente entregadas a sus heredados nietos Carlos y Fernando. La primera de estas obras, *Freydal*, era una descripción de los torneos y fiestas que sería una introducción a la biografía *Theuerdeank*, narración versificada de los riesgos y aventuras que vivió Maximiliano en su ida al encuentro con María de Borgoña. La otra obra era *Weiskuning*, cuyo título hace referencia al arnés blanco que Maximiliano llevaba en el torneo y que narra en prosa la niñez y juventud del abuelo de Carlos V.

En 1526, Fernando I, le ordenó a Treitzsauerwein que continuara el texto, pero el anciano secretario murió ese mismo año en el que Carlos V contraía matrimonio con Isabel de Portugal y recibía en Granada el reto de la Liga Clementina, a la que respondía con energía de caballero, hasta acusar a Francisco I de tenerlo como «láché et méchant» por no cumplir lo pactado en la villa de Illescas.

Parece evidente que en Carlos V se anidan aquellos ideales caballerescos y predilección por el rey Arturo que convivieron con las guerras y preocupaciones artísticas de su abuelo Maximiliano. El mismo célebre cartel de desafío a Francisco I, para solventar individualmen-

te entre reyes, cómo y donde el Valois prefiriera, lo que las naciones debatían, es un gesto que tenía sus lecturas en páginas como las de *Amadís de Gaula* y la herencia artúrica. Textos que tenían su refrendo realista en crónicas como la de Juan de Merlo, amigo del famoso Suero de Quiñones, y al que Mena le dedicó dos estrofas en su *Labyrintho de Fortuna*. O en la *Crónica* de don João I, de Fernão Lopes, en las que a las palabras de reproche del rey Juan invocando a los «cavaleiros da Távola redonda», tras la batalla de Chaves, le responde Mem Rodrigues comparando a los caballeros portugueses con los héroes artúricos y apelando el criterio del buen «Rei Artur, senhor delles, que conhecia os vosos servidores».

Un rey Arturo con leyenda mesiánica del que la *Crónica General* de España, de 1344, nos dice en una de sus versiones «et d'aquí endelant non sabemos del se es viuo se muerto, nin Merlin non dixo dél más nin yo non sé más dél; pero los bretones dizen que avn él es viuo». Esta convivencia entre realidad histórica y literatura, que vive en toda una sociedad heredera del siglo XV, llega viva a nuestro siglo XVI, en cuya apertura nace Carlos V, y aún perdura mientras don Sebastián de Portugal le solicita a Felipe II la presencia del gran poeta Francisco de Aldana para rendir la batalla del Alcazarquivir, tras cuya derrota y muerte en 1578 en la llanura africana muchos portugueses creerán que su rey don Sebastián, al igual que el rey Arturo, «aún es vivo», dando lugar a un sebastianismo largamente seguido desde su iniciación en unas canciones preconizadoras escritas por Bandarra.

Lamento haber exprimido tan sintética y fríamente unas noticias, que podrían ampliarse considerablemente, pero convenía recordar este mundo real de caballerías y aventura que de oídas y lecturas compartieron desde el emperador hasta los soldados de sus ejércitos, entre los que no dejó de haber pícaros, desertores y buscadores de fortuna animados a la oportunidad de los saqueos. No arbitrariamente, el profesor de la universidad de Cagliari, Raffaele Puddu, atendiendo a los primeros, pudo titular en su historia a este periodo *Il Soldato gentiluomo*. El dorado junio granadino de 1526 es un impor-

tante momento histórico: Carlos V acaba de casarse en Sevilla con Isabel de Portugal, la hermosa emperatriz cuya serena belleza reflejará la sentida memoria de Tiziano. Allí, en Granada cuando el eco de la afortunada victoria de Pavía sobre Francisco I se sostiene en el latido de una actualidad y un futuro, Carlos V recibe la afrenta de la Liga Clementina por boca del nuncio apostólico Baldassare Castiglione, a la que responde energéticamente, y allí en Granada, como nos cuenta Boscán, estaba Andrea Navagero para animar al poeta catalán y a Garcilaso a iniciar la ventura de una nueva poesía al itálico modo. Pero junto a esos caminos en los que se inicia la poesía petrarquista, tan personalizada por Garcilaso, y se declara el acuerdo antiimperial en Cognac con el cristianísimo Francisco I y el turco quienes serán aliados contra Carlos, también vive la nostalgia y el deseo de renacer el tiempo caballeresco no lejano. Acaso esa nostalgia la exprese admirablemente Andrea Navagero en su larga carta, a *Pultimo di Maggio. Di Granata. MDXXVI*, dirigida a su «fratello» Giovanni Battista Ramusio, y después recogida por Navagero en su *Viaje a España* (Venecia, 1563). Vencida hacia su final, Navagero evoca en su carta la toma de Granada por los Reyes Católicos, define que «fu gentil guerra» aquella porque no existía entonces tanta artillería como llegó después y mucho más «si potevano conoscere i valenti huomini, che non si possono ora». Navagero elogia que «tutta la nobiltà d'España si trovara» en Granada y que no había caballero que «non fosse innamorato» de algunas de las damas de la reina, con cuyas miradas o palabras crecía el valor para la lucha, a tal punto que puede decirse que «questa guerra fosse principalmente vinta per amore». Casi como una respuesta a la citada nostalgia de Navagero, cuando el valor individual no era apagado por la anonimidad del fuego de la artillería, el tiempo del emperador está cruzado por desafíos y duelos que renacen conceptos en textos como la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Alonso de Santa Cruz, o el *Tratado de los Rieptos e Desafíos*, de Diego de Valera, quien en su espejo de verdadera nobleza iniciaba el capítulo X: «como la cavallería agora sea la dignidat más común en el

mundo». Más allá de los tratados que explican, justifican o denuncian los desafíos, que interpretan de oídas o lecturas los lances caballerescos en los que se acudía al riepto (reto) por acusaciones de traición o alevosía y al desafío por causa de ofensas (entre las que estaba llamar a una mujer libre «fornicariam aut strigam»), las biografías o autobiografías del periodo en que la que testimonian esta actividad. «Desnudo de ropa y de dinero y vestido de presunción», cuando al fin se vio premiado como caballero de Santiago por su participación en la guerra de Valenciennes, acabó desterrado y desprovisto del hábito a causa de un desafío.

Naturalmente que en este desafío se vio la realidad de tantas lecturas de libros de caballerías, dentro de una cierta correspondencia entre armas y letras que buscaba su autoridad en el pasado al igual que César la envidió en la gloria conquistadora de Alejandro Magno, quien a su vez envidió a Aquiles porque tuvo un Homero que lo inmortalizó en escritura. En el comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V en los años de 1546 y 1547, el comentador don Luis de Ávila y Zúñiga describe con su atuendo «llevaba un caparazón de terciopelo carmesí con franjas de oro» inmediatamente, Luis de Ávila vuelve a recordar a César con Carlos V, y llegando a su final aventajado por conquistar en menos de un año a «esta provincia bravísima por testimonio de los antiguos romanos y de nuestros tiempos».

Convendrá entonces que, entre estas no raras apelaciones a la gloria romana fijar al emperador, recordemos que su máximo poeta, Garcilaso de la Vega, tan entregado al amor y a la amistad humanista, también juega esta relación clásica. Garcilaso siente cómo esa gloria del Gran Escipión es ya historia, memoria del pasado, ante el presente de la victoria imperial, porque, escribe en su cuarteto:

Han reducido a la memoria el arte  
y el antiguo valor italiano,  
por cuya fuerza y valerosa mano  
África se aterró de parte a parte.



Nos hallamos con los versos de Garcilaso, claro está, en la famosa campaña de Túnez de Carlos V, con este al frente de sus tropas, tal como con el manuscrito de García de Ercilla nos recuerda Puddu, porque «como los sacerdotes de Israel, el rey deberá siempre marchar y combatir en primera fila. Y ser siempre el delantero en las empresas más arriesgadas».

Tal vez la campaña de Túnez sea la página más importante para la dirección de estas líneas. Porque en ella, junto al emperador, y contagiados por él, se encuentran los más notables caballeros españoles y aliados, una espléndida representación humanista y poética, entre la que escribe Garcilaso, y un conjunto de soldado de aventura que si en gran parte buscan el motín de la guerra, en otra apreciable medida también se sienten animados por lo que han oído sobre la gloria en libros de caballerías, que les permiten hacer sinónimos a Túnez y a la Constantinopla por la que lucharon Esplandián y su padre Amadís frente a los turcos apoyados por la reina Calafia de California.

Los caballeros españoles e italianos que gozaban la victoria de Túnez recordaban, en cuanto días cercanos, cómo las fustas del turco cercaban la costa napolitana, llegándose a la boca de Capri y hasta intentar, en julio de 1534, el rapto en Fondi de la bellísima Giulia Gonzaga, de «sereni occhi», que fue cantada por Bernardo Tasso y Ludovico Ariosto y fijada en lienzo por Sebastiano del Piombo y Tiziano. Incluso un académico latino, Girolamo Borgia, dedicó una oda sáfica a la hermosa Iuliam Gonsagam, de la que podía desprenderse que Carlos V emprendió caballerescamente la expedición de Túnez para vengar la afrenta del intento de rapto. Era espléndido gozar e imaginar en aquella Nápoles festiva y cultivada bajo el tiempo del virrey don Petro de Toledo y de la Academia Pontaniana sobre la que podía anidar el verso de Gaspara Estampa, descolgado de Venecia de «viver ardendo e non sentiré il male» y hasta es muy probable que algunos españoles e italianos, entre tantos arcos triunfales, pensieri, emblema e figure simbolici que adornaran la ciudad partenopea, evocarán al gran papa renacentista, Enea Silvio Piccolomini,

mucho más amigo de España que de Francia, que había expresado reiteradamente sus alegatos contra los turcos, en cuya predicación, camino de Ancona en 1464, vino a morir cuando se aprestaba contra los turcos, que guio a los últimos días de Pio II, y que no llegó a cumplirse, era ahora sentida como una deuda recobrada por los caballeros del César africano.

Fray Antonio de Guevara, que tan cercano anduvo de Carlos V, escribió en su *Marco Aurelio* algo que moderniza lo indicado al principio de estas líneas con Juan de Lucena. Escribió: «como soy emperador de todo el mundo, es razón y no puede ser menos, sino que todas las naciones y gentes estén en mi palacio, y cual fuere el príncipe tal será su casa, y cual su casa, tal será su corte y cual su corte, tal será su imperio». Hay una indudable imitación en el soldado, especialmente joven, de las maneras caballerescas y desafíos del emperador, y también del ejercicio amoroso. Pero también estaba el orgullo de una lengua dentro del despertar de las lenguas romances en el Renacimiento, ya que también Guevara en el capítulo XXX de su cursiva *Marco Aurelio*, había afirmado que «los nuestros antiguos romanos más fueron temidos por su saber, que no por sus conquistadores», insistiendo por otra vía en la sabida afirmación de Nebrija en el prólogo a su gramática dedicada a la reina Isabel: «que siempre la lengua fue compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que junta mente començaron, creciendo i florecieron, i después junta fu la caída de entrambos».

Carlos V debió de sentir esta relación íntima de lengua y nación cuando en las cortes de Valladolid de 1518 los varones de Castilla le exigen a Carlos de Gante que aprenda el castellano para entenderse con sus vasallos y el monarca, que aún desconoce la lengua española, se hace traducir la respuesta: «A esto se vos responde que nos plaçe de ello, en nos esforzaremos a lo facer, especialmente porque vosotros nos lo suplicáis en nombre del Reino, e ansy lo avemos ya comenzado hablar con vosotros e con otros de nuestros Reinos». Dos años más tardes, en las cortes de La Coruña, Carlos ya afirmaba su

determinación «de vivir e morir en estos Reinos», en una hispanización por la que «así aprendió nuestra lengua e vestió nuestro hábito tomando nuestros gentiles ejercicios de caballería». En Túnez, Carlos V puede arengar a sus soldados españoles con arreglo a su lengua, cuando entra en Bolonia para ser coronado emperador, saluda al papa Clemente VII en castellano. Es evidente que Carlos tiene ya plena conciencia de la lengua como expresión nacional, de un castellano en el que sus cronistas, como Sandoval o Santa Cruz, lo expresaran, pero también ya es reconocido como emperador de un imperio que tiene su corazón en España.

El hecho de ser coronado Carlos emperador por el Papa en Bolonia el 24 de febrero de 1530, superando la anterior coronación en Aquisgrán diez años antes, implicaba el logro de una inspiración que hubiera llenado de orgullo a su abuelo Maximiliano y que a muchos de los asistentes a la celebración boloñesa les trajo el recuerdo de la coronación imperial de Carlomagno por el papa León III, cuando fue saludado como «Rex, pater Europae», como padre de una Europa conjunta cuyo valor unitario de monarquía universal estaba expuesto por Dante en su *De monarchia*. No es así nada extraño que, posiblemente años después, tras la gran victoria del emperador ganada en Mühlberg en abril de 1547, que el propio Carlos V evoca en sus *Memorias* con el recuerdo de César, un soldado de su ejército, el poeta Hernando de Acuña, escribiera el soneto que comienza.

Ya se acerca, señor, o ya es llegada  
La edad gloriosa en que se promete el cielo  
Una grey y un pastor solo en el suelo  
Por suerte a vuestros tiempos reservada.

Ciertamente que el conocido soneto de Acuña, en el que se proclama la llegada de «un monarca, un imperio y una Espada» coincidiendo con tantos sentires, pudo ser escrito en cualquier otro momento histórico del emperador por aquel poeta al que, garcilasianamente, ja-

más le quitó el fiero Marte el pulso para empuñar la pluma. Pero tras Mühlberg, la coronación de Bolonia u otro momento, el soneto expresa el orgullo de un soldado por servir a un emperador que defendía en su corazón a su lengua castellana, lengua universal.

Porque acaeció en el 1 de abril de 1536, lunes de pascua, que Carlos V convocó en Roma al papa, al colegio cardenalicio y a los representantes de las naciones acreditadas en Italia. El emperador está justamente contrariado con las ambigüedades diplomáticas de Paulo III y más especialmente con la actitud del cristianísimo Francisco I aliándose con los turcos para ir contra el imperio, de lo que tiene prueba escrita. El emperador, con espontánea energía, pronuncia un denso discurso en su lengua castellana donde en su aparente final advierte respecto a Francisco.

Según el noble francés Brantôme, quien gustaba del sentir caballeresco español con su honor y la estimación de la gloria, parece ser que el acomodado obispo de Maçon, declaró no haber entendido el discurso, pidiendo que se lo pasaran por escrito, a lo que respondió el emperador: «Señor obispo, atienda si quiera, y no espere de mis otras palabras que de mi lengua española la cual es tan noble que merece ser sabida y atendida de toda la gente cristiana». El buen soldado español que partía hacia Provenza, como el mismo Garcilaso, ya se mantenía orgulloso de su lengua española, heredera del latín de la gloria de Roma, en cuanto expresión de una patria crecida en imperio.

Es difícil medir en qué proporción la actitud caballeresca del emperador y los libros de caballerías animaron el camino decidido de los ejércitos españoles por los caminos europeos y a la navegación americana. Raffaele Puddu, en el libro citado, recoge testimonios de crónicas y tratadistas que pueden configurar la imagen de *il soldato gentiluomo*, y Maxime Chevalier nos abre sus investigaciones sobre la lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII. Desde luego resulta evidente, como lo es la imagen caballeresca del emperador, el gran número de ediciones de libros o novelas de caballerías que se

editan en España, especialmente entre 1501 y 1550, y cómo en la corte de Valladolid, por ejemplo, se realizaban fiestas inspiradas en Amadís, al igual que los soldados e inmigrantes que partían hacia América entretenían sus horas de navegación, con libros de caballerías. En su *Guzmán de Alfarache* (segunda parte y tercera), poco después de citar la *Diana* de Montemayor, Mateo Alemán nos dice de aquellas otras muy curiosas que, dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros y, porque leyeron en *Don Belianís*, en *Amadís* o en *Esplandián*. La misma cita *intra vires*, señalada atrás con Andrés Laguna, oponiéndose a los libros de caballerías por estragar el tiempo nos indica la adicción a estos textos en los que se creía y deseaba emular. Que Mateo Alemán precise «alquilando libros» nos apuntan que un mismo libro de Amadís o Palmerín podía tener numerosos lectores. Pero en un periodo en el que el número de analfabetos era mayoría, propiciándose la transmisión oral, es incalculable el número de oidores a quienes llegaría, induciéndoles, la voz de un alguien que leyera los textos o bien narrase algún emotivo pasaje caballeresco de la gloria con el que encender la imaginación para aspirar a caballero. La realidad histórica, con el alto ejemplo del emperador a caballo al frente de las tropas, a las que arengaba en las distintas lenguas, apuntan a que el soldado, en su mayoría, fue respondiendo a unos ideales de gloria caballerisca, desde el veterano al bisoño que abandonaba su tierra para correr la aventura. Por supuesto que no todas las páginas están teñidas por este baño caballeresco y bastaría citar el famoso *sacco* de Roma de las tropas imperiales iniciado el 6 de mayo de 1527, a cuyo frente iba el condestable Carlos de Borbón, fiero enemigo de Francisco I, y en el participó Ferrante Gonzaga, hijo de Isabella de d'Este, la gran dama amante de caballerías y textos amorosos. Por supuesto que, junto a la presencia caballerisca esbozada, resonaba continuamente el deseo de paz y la realidad de unos desengaños que adquirirían protagonismo en desertores pasados a los turcos u hombres de armas conduciendo a la miseria.

En el mismo discurso de Carlos V en Roma ante el asombrado Paulo III, el emperador casi concluía: «y con esto acabo diciendo una vez y tres: ¡que quiero paz, que quiero paz, que quiero paz!» Ya Garcilaso, el soldado que morirá en Provenza con la gloria de su amigo el emperador, escribió en la modélica elegía a la muerte de don Bernaldino de Toledo:

¿A quién ya de nosotros el acceso  
De guerras, de peligros y destierro  
No toca y no ha causado el gran proceso?  
¿Quién no vio de esparcir su sangre al hierro  
Del enemigo? ¿Quién no vio su vida  
Perder mil veces y escapar por yerro?  
¿Qué se saca d'aquesto? ¿Alguna gloria?

Como una oposición a la gloria y a la caballería, el retardo en las pagas y la mala asistencia indujeron a muchos a desertar o a la traición, como aquellos marineros que forzaron que la galera que llevó prisionero a Francisco I de Italia a España fuera entregada al rey de Fez tras sublevarse contra su capitán y liberar a los cautivos sujetos al remo, para acabar ofreciéndose como renegados. En cierta medida, es el contraste entre un boato cortesano y el padecer del soldado que, hacia 1568, expresara el poeta Francisco de Aldana en los tercetos que comienzan «mientras estáis allá con tierno celo» lo pone: «sayo de hierro acá yo estoy vistiendo», por ejemplo, el protocolo 398 existen (folios 360-363 v) en el que un tal Juan Arias Riquelme solicita en nombre de su tío Pedro Gonzales una Merced ante el consejo Real de Indias. Pedro González fue uno de los que arribaron a América quizás leyendo u oyendo como conquistador de algún libro de caballerías, y ahora, 10 de octubre de 1561, confiesa que está muy lejos viejo y enfermo y cojo de una pierna, y «aunque quisiese venir a estos reinos de España a pedir de comer a S.M., por su gravísima enfermedad no podía venir». Son testimonios o declaraciones de un alguien perdido con los siglos y al que para renacerle dan ganas de

buscarle una vida cuando fue idea de caballero, concediéndole la gloria de meterlo en escritura al igual que tantos cronistas hicieron.

El emperador al que gallardamente pintó Tiziano, al poco de liberar Viena del acoso turco o galopando, lanza en ristre por los campos de Mühlberg, se retira a Yuste, cercado por las malas noticias, mortificado por la crueldad de la gota, sin dientes para masticar, alguno de cuyos padeceres le cuenta a su hija Juana. En la madrugada del 21 de septiembre de 1558, muere en Yuste Carlos V. Entre la hacienda que dejaba el emperador había un cofre con distintos libros que le habían acompañado en su retiro, entre ellos un ejemplar *Le Chevalier délibéré*, el poema que combina lo alegórico y caballeresco escrito por Oliver de la Marché. No todo va a ser victoria el conocido y gran poeta Francisco de Aldana, expresa la distancia entre el muelle caballero y el soldado del emperador en la composición por título «pocos tercetos escritos a un amigo»:

Mientras estáis allá con tierno celo,  
De oro, de seda y púrpura cubriendo  
El de vuestra alma vil terrestre velo.

Sayo de hierro acá yo estoy vistiendo  
Cota de acero, arnés, yelmo luciente,  
Que un claro espejo al sol voy pareciendo.

Mientras andáis allá lascivamente,  
Con flores de azahar, con agua clara,  
Los pulsos refrescando, ojo y frente,  
Yo de honroso sudor cubro mi cara,  
Y de sangre enemiga el brazo tiño  
Cuando con más furor muerte dispara.  
Mientras que a cada cual, con su desiño,  
Urdiendo halláis allá mil trampantojos,  
Manchada el alma más que la piel del armiño  
Yo voy acá y allá, puestos los ojos

En muerte dar el que tener se gloria  
Del ibero valor ricos despojos.

Aparte del desengaño que manifiesta algún otro poeta como Aldana o Acuña, en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid existen bastantes ejemplos de peticiones de mayor dramatismo como las dictadas por una mísera situación:

Salí buscando, como siempre, mi mar, que volaba hacia otros mares. Percibí que, tras un monte lejano, se recibía el nombre de Pedro Gonzales. Eran otros mares. Estaba solo. Pero estaban allí mi padre con sus dos hermanos y yo de pequeño. No me decidí a preguntar nada más porque estaba seguro de que se trataba de Pedro Gonzales, regresado de una guerra que, como todas, había concluido malamente con vengadores.